

Lo demás te lo enseñará el relámpago

Primera edición: marzo, 2024

© Luis Arturo Guichard, 2024

© Vaso Roto Ediciones, 2024

ESPAÑA

C/ Alcalá 85, 7º izda.

28009 Madrid

vasoroto@vasoroto.com

www.vasoroto.com

Grabado de cubierta: Víctor Ramírez

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

ISBN: 978-84-19693-62-4

BIC: DCF

Depósito Legal: M-3462-2024

Luis Arturo Guichard
**Lo demás te lo enseñará
el relámpago**



Vaso Roto / Ediciones



La luz de las estrellas muertas
hace que el mundo viva en la pupila.
Esta cigarra que aletea en Madrid,
según dicen, puede cambiar la vida
de un chino, ese mismo que fabricó
el papel y la pluma con que escribo.

Esa hoja que vuela va directa
a ser cimiento de un nido de pájaro.

Cada célula de mi cuerpo
está decidiendo ahora si vive
o se convierte en cáncer y descuelga
de un golpe todos los recuerdos.

La velocidad mira de reojo
a ambos lados y piensa ensimismada.
La inmovilidad tasca su freno de aventura.

Tú me miras y veo en tus ojos todas las preguntas.
Yo te miro y ves en mí todas las que vendrán mañana.

La brisa que pasa entre los dos en este día
perfecto tiene todas las respuestas.

Todo tiene un destino
y al mismo tiempo no es nada,
potencia pura camino del caos:
sólo luz, sólo pupila, sólo cigarra,
sólo persona, sólo hoja, completas
y terminadas en lo que están siendo:
el mundo que empieza y termina en mis pupilas.



[Ningún dios ni ningún hombre]

Este mundo no lo hizo ningún dios ni ningún hombre, sino que siempre fue, es y será fuego eterno, que se enciende y se apaga alternativamente.

HERÁCLITO, fr. 30 DK

Demasiadas vidas: ése es el fracaso del poeta.
Ahora mismo y aquí, sólo pasando la vista.
Un hombre joven –no llegará a treinta–,
polo verde, cabello completo, bien parecido,
espera en su silla de ruedas turno en el café.
A su lado un hombre mayor, de barba,
sostiene un cello con su funda en una mano
y en la otra golpea un sobre grande contra su pierna.
La chica universitaria, ojos grandes y jeans,
que pasó vendiendo marcapáginas de Borges,
ya va lejos entre las mesas.
El repartidor de propaganda parado junto al altavoz
es gordito, tiene rastas y parece un oso
de peluche renegrado por la intemperie.
Demasiadas vidas de las que no se sabe nada.
Y de la propia, tampoco. Ésa es la vida de un poeta.

Para viajar hace falta creer:
creer en la promesa de lo no visto
todavía, en eso apenas intuido
al quitarse los zapatos el día anterior.

Creer de la misma manera que para enamorarse
o escribir libros: al filo del descreimiento,
en la frontera de la duda con el fulgor.

Viajar, escribir libros, enamorarse son bellas ficciones
que nos ayudan a vivir: si son buenas,
se convierten en verdades
por las que vale la pena casi cualquier otra cosa.
Incluso a riesgo de ser un amante lastimoso,
un mal poeta y un viajero extraviado.

Yo he sido los tres en un parpadeo.

Viajo poco últimamente. Gasto casi todas las energías
que me quedan en las otras dos ficciones.

Si supiéramos que existe un camino
que une todo esto con la misma certeza natural
con la que un hueso se une a otro hueso.

Si hubiera, mejor aún, un solo camino
posible, ya lo hubiéramos encontrado.
Pero los mapas no son como los cuerpos
ni las voluntades son como los huesos:
dan vueltas, se enredan, se pierden,
emergen de nuevo más allá de donde deben.

Los lugares por los que vamos pasando
no nos llevan a nuestro destino
como las venas, que tarde o temprano
van a dar al corazón: dudan
y toman decisiones, se arrepienten,
amanecen de pronto donde no esperaban.

Sólo se parecen a los cuerpos en que ambos tienen
sombra: una que se va deformando según caminamos.

*En Aoshima, una isla de 1,5 km en el sur de Japón,
por cada persona hay seis gatos...*

REUTERS

Abrirás los ojos y te limpiarás la arena
apelmazada de la cara y el cuello:
un triángulo de poca extensión
del que sobresale un torso, las piernas todavía
en el agua. El sol dando ya poco brillo a la orilla.
A tu lado sólo gatos. Te frotarás los ojos.
Los cerrarás y volverás a abrirlos. Sólo gatos
sentados alrededor y caminando frente a ti.
Has visto esto en sueños muchas veces,
pero tendrás que esperar un rato para saber
si esta vez has logrado llegar a esa isla
que está en Japón y sólo tiene ancianos y gatos.

Cada quien es su isla: puede llenarla con lo que quiera.
Cada quien es su isla: y en ésta no estoy yo.

*Caer, precediendo a los que dudan,
ése es el oficio de la flor.*
jisei no ku (poema de despedida) de MISHIMA

Caer es el oficio de la flor,
dijo el poeta en su última línea.

Y sin embargo buscamos todo aquello
que no caiga, todo lo que pueda
sostenerse por felicidad o por capricho.

Lo fijamos a fuego y a tinta,
lo escribimos o lo tatuamos en la piel.

Algunos escriben para que lo vean todos
–curioso oficio éste– y otros se tatúan
donde sólo ellos puedan verlo.

Caerá de cualquier manera cuando el libro
llegue a la planta de reciclaje y el cuerpo
baje a tierra.

*Todo eso puede ser,
me dices, pero tu libro tal vez termine
siendo un estuche de cosméticos
en un hotel secreto como éste
y mi piel crezca de nuevo en una planta
olorosa de interiores como ésa.*

El oficio de la flor es caer, pero no tocar fondo.

*Sé que el paraíso está diseminado:
es tarea terrestre el reconocer
sus flores dispersas en la hierba pobre...*
YVES BONNEFOY (versión de C. Cámara)

En la tierra roja se recorta
como si tuviera un cuchillo
la huella.

En la tierra negra se escribe,
no se cava, se deja pasar
casi de largo la pisada.

En el barro no hay memoria:
sólo un momento de duda
que se supera con la lluvia.

En la arena es donde en verdad
nos ponemos a prueba:
cada paso está solo
como si su camino no tuviera
ninguna dirección
y cada grano se marchara
hacia un rumbo distinto.

Despojado de todo
te recibirá la arena
como a un paso huérfano,
como a un paraíso enfermo.

Tarde o temprano ocurre
que compras un libro, lo llevas
al café de siempre, te acodas
junto a la ventana y lees
maravillado, cada vez más,
qué buen libro, qué buen poeta,
ése igual a ti y totalmente
ajeno, eso escrito en esa lengua
traducida, igual a la tuya y totalmente
ajena. La vida tal vez, sólo tal vez
sí está bien hecha.

Al final, sólo al final te das cuenta
de que eso ya ha ocurrido en otro tiempo,
en otra ciudad, iguales a éstos:
ese libro ya lo habías comprado
y ya lo habías leído y era maravilloso
y ya lo habías olvidado. Lo cierras.
Sales a la calle, esperas
que haya una tercera vez.

No todos los caminos me han llevado a Roma
(tal vez esa oferta expiró con las estatuas
de los emperadores en el suelo),
pero tampoco me han apartado de ella:
por las noches leo a mis poetas
y recuerdo bien dónde iban las largas
y las breves, dónde estaban los trucos de la métrica.
No he olvidado esos caminos aunque los míos
sean corrientes de isla griega, meandros
egipcios, bosques turcos. Leo y camino
con la alegría del cazador que reconoce
los cortes en la brecha.

Ordeno un poco la mesa, abro el cuaderno:
hoy estoy decidido a escribir sólo en presente,
celebrar el momento, éste de aquí y no otro.
Aunque sea por una vez voy a dejar de lado
el paso insolente del tiempo, la palabra cerrada,
la frontera atrás, la ecuación resuelta.
Hay un cierto barullo en la calle de enfrente
que me distrae. Me asomo (presente, todo en presente).
Veo llegar un coche funerario. Cierro el cuaderno.
El pasado acaba de llegar a recuperar lo que es suyo.

Y toda la gente que va en este avión
¿cómo habrá dejado su casa?
Trato de adivinar quién ha salido a toda prisa
–los platos sucios y la cama sin hacer–,
quién ha esperado al taxi escuchando música
clásica y dejado la mesa puesta para volver a cenar,
quién, secretamente, no planea volver esta vez.

Vengo haciendo este juego inútil hace tantos años
que tengo toda una tipología imaginaria del viajero,
igualmente inútil y que ya ni siquiera me divierte.

Pero sigue inquietándome pensar qué pasaría
si uno de ellos se equivoca y vuelve a la casa
que no le corresponde. Qué gesto haría
al dejar caer el abrigo en el sofá
y mirarse en esas fotos en las que no se reconoce.
Si vuelve y te ve de nuevo sentada en esta silla.